



El enigma del ser: Un análisis de la tríada subyacente en la filosofía camusiana

The Enigma of Being: An Analysis of the Underlying Triad in Camusian Philosophy

Andrés Abel Iglesias Marrero 

Universidad de la Habana, La Habana, Cuba

✉ andrewchurches321@gmail.com

Fecha de recepción del manuscrito: 07/03/2025

Fecha de aceptación del manuscrito: 01/06/2025

Fecha de publicación: 25/12/2025

Resumen — El agnosticismo en el pensamiento de Albert Camus se manifiesta en una tríada ineludible: Dios, la rebelión y la historia. Estos elementos interrelacionados configuran su filosofía del absurdo y surgen de la inquietud humana por hallar el sentido de su ser en un universo que aparentemente no lo tiene. Al no encontrar respuestas definitivas a la tensión entre el deseo de eternidad y su realidad finita, se genera un profundo sentimiento de sinsentido y un vacío existencial en el hombre. Ante esto, solo puede optar por dos caminos: depositar su fe en un universal abstracto que ofrezca consuelo o abrazar la rebelión, un impulso vital de inconformidad que engloba su existencia temporal. Así, la filosofía del absurdo de Camus responde a dicha dualidad desafiando la existencia humana mediante la acción personal. La ausencia de un sentido preestablecido obliga a la razón a forjar sus propias determinaciones, arriesgando sobrepasar sus límites en pos de una justicia ontológica. Este impulso se interpreta como una reivindicación de la capacidad del ser frente a una existencia agobiante y carente de absolutos. En este marco, el presente análisis se propone repensar la lógica del absurdo a partir de la relación entre Dios, la rebelión y la historia, y advertir sobre el peligro de exceder los límites de la razón. Cuando la rebelión del ser se transforma en un movimiento de conquista incontrolable, puede desencadenarse la destrucción tanto del individuo como de los universales que conforman su identidad.

Palabras clave — absurdismo, existencialismo, filosofía contemporánea, metafísica, rebelión

Abstract — Agnosticism in Albert Camus' thought manifests itself in an inescapable trinity: God, rebellion, and history. These interconnected elements constitute his philosophy of the absurd and arise from the human restlessness to find meaning in a universe that apparently has none. In failing to find definitive answers to the tension between the desire for eternity and finite reality, a deep sense of meaninglessness and existential emptiness emerges in the human being. Faced with this, one can only choose between two paths: placing one's faith in an abstract universal that offers consolation or embracing rebellion—a vital impulse of nonconformity that encompasses temporal existence. Thus, Camus' philosophy of the absurd addresses this duality by confronting human existence through personal action. The absence of a pre-established meaning compels reason to forge its own determinations, risking the transgression of its limits in pursuit of ontological justice. This impulse is interpreted as a vindication of the capacity of being in the face of a burdensome existence devoid of absolutes. Within this framework, the present analysis seeks to rethink the logic of the absurd based on the relationship among God, rebellion, and history, and to warn of the danger of exceeding the limits of reason. When the rebellion of being transforms into a movement of uncontrollable conquest, it can unleash the destruction of both the individual and the universals that constitute his or her identity.

Keywords — absurdism, contemporary philosophy, existentialism, metaphysics, rebellion

Para Citar: Iglesias Marrero, A. A. (2025). El enigma del ser: Un análisis de la tríada subyacente en la filosofía camusiana. *Dialektika: Revista de investigación filosófica y teoría social*, 7. <https://doi.org/10.51528/dk.vol7.id191>



INTRODUCCIÓN

La razón humana ha buscado constantemente un principio explicativo de la existencia, porque nada en la realidad es porque sí. Todo —ya sea una acción, una criatura o una simple roca— debe tener, ante la razón, un motivo que justifique su ser. En la tradición filosófica occidental, este supuesto se denomina *causa eficiente*, y ha sido uno de los puntos cardinales del debate desde que Aristóteles lo discutiera por primera vez en la Antigüedad clásica griega. El problema es que la misma noción encierra un oculto —y profundo— sentimiento de «falta de sentido», a modo de: si A es la causa de B, entonces, ¿por qué es A? ¿Es acaso el propósito de A ser la causa de B, o es incluso más? ¿Qué significa esta disposición para A? Esas preguntas, extrapoladas al nivel personal, se manifiestan en algún momento de la vida y se experimentan como —en términos camusianos— «el absurdo». En corto: «A» no eligió ser en primera instancia, como «B» tampoco lo eligió.

El propósito del presente trabajo es compartir algunas reflexiones sobre esa aparente necesidad de la razón humana por establecer el origen y el sentido de todo lo que existe. Para ello, y siguiendo las premisas del absurdismo de Camus, se utiliza un marco conceptual correspondiente a la filosofía contemporánea (existencialismo), así como algunos elementos de la teología católica. Estos son útiles para abordar —y comprender— la relación establecida por Camus entre Dios, la rebelión y la historia, que conforman la esencia de su pensamiento. A este respecto, el análisis filosófico que hace Marcel Mélançon constituye un intento válido por revelar una visión metafísica de Dios que sirve de sustento al punto de vista del presente artículo. En su análisis, Mélançon considera que la noción de Dios en Camus es inevitable, ya que los propios conceptos de «absurdo» y de «condición humana» definen la esencia de un mundo sin Creador —o, al menos, con un Creador al que no le importa su creación— (Mélançon, 1976).

Con todo, el presente trabajo se presenta en forma de ensayo, fruto de una profunda investigación sobre la obra de Camus. A su vez, aspira a ser un intento explicativo del pensamiento de Camus que complemente —o no— otras investigaciones, con fundamentos y conceptos comunes. En ello radica la novedad de esta aproximación: proporcionar un esquema relacional que pueda aplicarse tanto al concepto de rebelión como al de Dios, la condición humana, la historia y hasta al mismísimo absurdo en el pensamiento de Albert Camus.

1-Dios y el absurdo como premisas de la rebelión

Desde que el ser humano existe, el devenir de la historia se ha ido moldeando al despliegue de su naturaleza. Dicho devenir es un movimiento continuo de creación y destrucción que implica una carga ontológica. En la primera variante, todo acto creador implica la concurrencia de dos realidades completamente distintas y diferenciadas: la del creador y la de lo creado. Tal acto supone no solo un divorcio y una desproporción entre ambos particulares, sino también entre las distintas creaciones, anteriores o posteriores, que puedan existir. En el segundo caso, la destrucción, la existencia es la única verificación de la realidad: mientras que destructor y destruido pueden ser lo mismo, no se puede destruir lo que no existe.

El énfasis de la filosofía de Camus recae en el movimiento de creación, porque es allí donde el hombre percibe la mencionada desproporción de realidades. Esto ocurre de dos maneras posibles: la primera indica una falta de unidad y claridad epistémica, dado el divorcio entre él y sus circunstancias. Estas le resultan extrañas, ya que no se explican por sí mismas; por tanto, deberá dar sentido a todo lo que sucede a su alrededor. La otra vía lo conduce a la realización de un destino final de su ser; no obstante, consiste en el retorno a su opuesto: la nada. Esto significa que la trayectoria vital de la humanidad se convierte en una acumulación de experiencias atormentadas por una latente angustia de evanescencia.

De este estado de cosas emana la noción camusiana de lo absurdo, que, además, ofrece dos posibles salidas: la primera se aborda desde la fe y desemboca en un irracionalismo místico-religioso hacia un absoluto abstracto divinizado; la segunda considera el mundo y todo lo que existe como parte de un ciclo perpetuo de movimiento y permanencia, y apunta a sustituir el absoluto trascendente suprasensorial por uno inmanente. En este movimiento, el inconformismo desempeña un papel clave en la exaltación del ser y el despliegue de su esencia en el tiempo, adquiriendo así el nombre de Historia.

En el razonamiento de Camus, la noción de Dios es imperativa y, al mismo tiempo, irrelevante. En cambio, el personaje de Jesús de Nazaret es percibido como un rebelde que acepta el mundo tal como es y sufre personalmente el mal moral que contiene. Por tanto, el verdadero mensaje del cristianismo no se encuentra en la fe que Jesús profesa, sino en su obra; ni el anuncio de una vida después de la muerte ni la universalidad de su redención tienen importancia para la filosofía de Camus. La vida de Jesús como hombre rebelde es lo que más le interesa, y solo adquiere sentido cuando culmina con el grito de abandono en la cruz. Y su verdugo, el abstracto Absoluto que trasciende los límites racionales —Dios—, adquiere realidad cuando ese hombre da su vida por Él. Todas sus acciones, enseñanzas y toda la aventura bíblica serían inútiles si no lo condujeran a morir crucificado, víctima de su Creador. En el clímax configurador del misterio cristiano, el grito de abandono: «Dios mío, Dios mío, ¿por qué me has abandonado?» afirma, por un lado, la carga ontológica de la creación y, por otro, la encarnación, en su nivel más alto, del drama humano y su condición absurda ante la nada.

Desde sus orígenes, el cristianismo ha identificado al ser humano con una naturaleza culpable. Cada individuo, al ser partícipe de su condición humana, es, por tanto, partícipe de sus vicios. Como consecuencia, el «pecado original» representa el castigo de Dios —para toda la humanidad— a una existencia fútil y concupiscente. Con vistas a su redención, y en pro de una salvación extramundana, el ser humano debe reprimir sus deseos instintivos y aceptar el mensaje cristiano de la fe.

En este sentido, Camus impugna la disposición de una absolución divina, porque la justicia con la que se pretende juzgar al hombre cae en un principio interesante: la humanidad no comenzó la historia ni el mal en ella; por tanto, no debe ser considerada culpable o responsable del pecado. Sin embargo, el hombre tampoco es del todo inocente, ya que sigue reproduciendo el mal cuando muchas veces podría hacer el bien.

Mediante este razonamiento, la filosofía camusiana matiza un agnosticismo que no rechaza explícitamente el mensaje eclesiástico, sino que deposita la esperanza salvífica, orientada hacia el hombre, en la idea de rebelión. En este escenario, la propia humanidad representa ambas cosas: la única esperanza redentora y la sentencia rotunda que castiga en la medida en que hace uso de su libre albedrío.

El más grande y más nuevo acontecimiento —que «Dios ha muerto», que la creencia en el Dios cristiano se ha vuelto increíble— comienza ya a arrojar sus primeras sombras sobre Europa. [...] Pero en lo esencial cabe decir: el acontecimiento mismo es demasiado grande, demasiado lejano, demasiado al margen de la capacidad de comprensión de muchos, como para que tan siquiera pudiera decirse que su anuncio ya ha sido percibido; menos aún hablar, por tanto, de que muchos pudieran saber ya qué es lo que ha sucedido propiamente con ello —y todo cuanto tendrá que desmoronarse a partir de ahora, luego que se haya sepultado esta creencia, porque se había construido sobre ella, apoyado en ella, había crecido dentro de ella: por ejemplo, toda nuestra moral europea (Nietzsche, trad. en 1985, p. 203).

Al igual que Nietzsche, Camus pretendía revelar la «muerte» de Dios en el espíritu de su época. Más aún, la recuperación de la fe la hizo posible a través de la representación del hombre rebelde, que el citado filósofo alcanzó con la definición de *Übermensch*. Al igual que en *La ciencia jovial* (*Die fröhliche Wissenschaft*), es notoria en las obras de Camus la separación entre: a) una moral que busca orientar los actos humanos de acuerdo con las interpretaciones de los textos sagrados y de la tradición, y b) una ética basada exclusivamente en la experiencia vivida, el trabajo consciente y las potencialidades humanas.

Nótese que, en la primera distinción (a), el divorcio metafísico entre el hombre y su entorno —que implica la carga ontológica de la creación— no indica un conflicto existencial. ¿Por qué? Porque en la tradición bíblica la discordancia se resuelve antes siquiera de que pueda plantearse como principio problemático. Todas las respuestas sobre la finitud, el sentido y el origen de la vida, o incluso sobre los valores humanos y la moral, han sido proporcionadas como verdades reveladas y son, por tanto, incuestionables.

Sin embargo, en la segunda distinción, para la ética del hombre que se rebela, no importa lo que dicte la institución eclesial ni el sentido que Dios tenga reservado para el mundo y para el propio hombre. ¿Por qué? Porque sus premisas se construyen a partir de ver, experimentar y aprender una forma práctica de vivir en el absurdo.

La absurdidad es el elemento que propicia el divorcio entre las aspiraciones del hombre y sus circunstancias. Al igual que Sísifo en el mito, la realidad es la condena para el hombre; su prisión existencial. El verdadero desafío consiste en encontrar un sentido o, en última instancia, respuestas a una realidad que carece de ellas. Por eso, abrazar el absurdo de la existencia y la fatalidad de la vida es —en términos camusianos— el comienzo del viaje hacia una rebelión liberadora. En palabras de Moisés Flores (2021):

Es importante tener a consideración que el mundo en sí no es absurdo, este se presenta cuando el hombre comprende que, tras buscar un significado y razón de ser en el mundo, solo encuentra algo que no entiende. Quiere respuestas absolutas y lo quiere de un modo racional, por el contrario, el mundo siempre permanecerá indefinible (p. 13).

Alegóricamente al mito de Sísifo, en nuestras sociedades contemporáneas se produce una transposición sistémica del castigo divino hacia la aceptación de una realidad adulterada. Cuando no se ejerce el desapego y no se acepta el sinsentido que consume el esplendor de la vida, generalmente se induce una falsa significación de la existencia. De hecho, el monótono trabajo del ser humano durante su vida no es menos absurdo que el del mítico personaje Sísifo. Sin embargo, este último conoce en toda su magnitud su miserable condición, y la lucidez que alimenta su tormento favorece el camino para sobreponerse al fatídico destino.

La solución para el hombre, por su parte, consiste en vivir reconociendo el absurdo como un hecho, y saber encontrar en él la dicha. La razón última de vivir es sentir —bien sea placer o dolor— y reflexionar sobre lo sentido, sin encubrir ni embellecer lo que, en su naturaleza, no tiene razón de ser. Denunciar la ilusión del hombre común, cuyo desencanto lo lleva a precipitarse en lo irreal, es una de las pretensiones de Camus al alimentar con el absurdo su concepto de rebelión.

Aprendimos así la especificidad del sentimiento absurdo: éste no reside ni en el sujeto conocedor (el hombre), ni en el objeto conocido (el mundo), sino que es la única (por el momento) relación entre los dos; no es un sentimiento entre otros, sino un vínculo privilegiado del hombre con el mundo (D'Angelo, 2015, p. 198).

Es en vano enfrentar la racionalidad humana al silencio irracional del mundo. El vacío dejado por el absurdo existencial supone la creación de algún movimiento racional a fin de llenarlo. Si este movimiento es alimentado por los valores de la justicia, entonces el hombre podrá reivindicar su existencia y, por supuesto, aquello que constituye la igualdad humana. Y es que la humanidad toda —independientemente de su voluntad— participa del sinsentido. Solo manteniendo viva la tensión entre la razón y el despropósito puede fomentarse la rebeldía y, al mismo tiempo, la felicidad.

Si el deseo de felicidad se vuelve demasiado imperioso, entonces aparece la tristeza y la angustia —por no poder alcanzarla—, las cuales hacen la existencia cada vez más insoportable. Lo mismo ocurre cuando el intelecto humano pretende encontrar sentido al absurdo. Por eso, liberarse del peso de la esperanza es la única posibilidad de resistir a la extrañeza del mundo (Moreno, 2018); porque la infelicidad del hombre se debe a sus expectativas, de las que generalmente obtiene decepción. Y esa decepción cohibe, en cierta medida, la actitud rebelde.

De ahí que la solución práctica a los problemas existenciales de la humanidad siempre esté a su alcance. Lejos de una redención celestial, Camus cree en la superación progresiva e incansable de la humanidad, que se hace posible a través de su despliegue en la historia. Pero esta mentalidad entraña un riesgo: sin ningún tiento de moderación tras «matar a Dios», el movimiento rebelde podría desencadenar un libertinaje que sustituya al abstracto Absoluto —divino— por otro igualmente capaz de sacrificar al hombre, pero en aras de la Historia. Una historia donde la víctima se convierte en victimario, donde el hombre mismo aplastará su libertad y su dignidad so pretexto de una utopía política redentora (Romero, 1994).

2-El historicismo y los límites de la rebelión

En el lenguaje común, *rebelión* se entiende como sinónimo de *revuelta* o *insurrección*, significando el acto de resistencia —o desafío— a una autoridad establecida. Por contraste, en la interpretación de Camus, el término introduce algo completamente distinto. En *El hombre rebelde* (Camus, 1996), el autor tipifica el concepto en tres formas distintas: la rebelión metafísica, la histórica y la artística. Con ello pretende sustentar un orden racional concatenado que pone en tela de juicio la lógica absurda subyacente al mundo y al ser. Asimismo, establece el alcance real de estas determinaciones frente al término *revolución*, en el que puede entenderse adecuadamente el concepto de rebelión como práctica de vida.

La incertidumbre de ser sin sentido provoca un conflicto ontológico que culminará, la mayoría de las veces y según Camus, en una forma de vida ligada a la rebelión. En efecto, lo que falta al dolor de la existencia, al igual que a los momentos de dicha, es un principio de explicación. En la misma medida en que el espíritu del hombre cuestiona y se enfrenta a la restricción que le viene dada por la naturaleza, su ser se desvanece en la nada. Todo lo hecho y realizado en vida se perderá en un instante, sin distinción, y no hay forma de eludir tal disposición. El final llegará irremediablemente como punto de no retorno, como nulidad absoluta.

En las obras de Camus *La peste* y *El extranjero* no solo se revela esta fatalidad, sino también el sentido absurdo de vivir conociéndola. Si nada perdura, entonces nada tiene justificación para existir; por tanto, carece de sentido. Rebelarse contra ese desenlace es reclamar el sentido suprimido mediante la búsqueda de razones para vivir en «aceptación», y no en «conformidad», con esas circunstancias.

Cuando el hombre comprende que la justicia y la bondad existen, así como la maldad y la injusticia, en una evolución histórica que hace predominar a estas últimas, puede —si lo desea— iniciar el movimiento de rebelión. Porque, si el mal es un elemento inherente a la existencia, si es un rasgo humano indispensable a la creación de la que Dios es artífice, hay que enfrentarse a él. Por justicia a su condición, el hombre rebelde se enfrentará a quien lo ha condenado a vivir en esa contingencia. Por eso, el ser humano solo puede avanzar a tientas, guiado por su espíritu obstinado, que dispensa razones de vida contra el absurdo que anula su existencia.

Así, el hombre esclarecerá y reivindicará el destino «maldito» de su ser. No obstante, esa pretensión metafísica supone una cierta armonía —o coherencia— entre cuatro elementos: 1) lo que el hombre hace, 2) lo que siente, 3) lo que cree, y 4) la responsabilidad por el riesgo histórico-social que tal actitud conlleva. En otras palabras, es necesario aprender a vivir entre desgarros existenciales para aprovechar el máximo esplendor de la existencia, para vivir todas sus experiencias posibles. De ese modo, al darse cuenta de la condición humana y experimentar el sinsentido de la realidad, el hombre recibe el mensaje silencioso del mundo.

El rechazo a ser objeto, su no aceptación de una existencia absurda, insoportable e indigna, desencadenará un movimiento de rebelión que le descubrirá los límites de la acción humana. A él le corresponde decidir si mantener o sobrepasar esos límites y convertir la rebelión en un movimiento revolucionario. La lógica que subyace al concepto de rebelión en la filosofía de Albert Camus

saca al individuo de su «yo» y lo sitúa en un lugar común, junto con toda la humanidad. Ahí, el hombre rebelde se descubre universal sin corromper su individualidad rebelde. En efecto, la afirmación de un nuevo «ser sujeto» en la existencia colectiva se manifiesta de forma extraña y alienada. En este caso, el individuo no se reconoce a sí mismo más que desde la colectividad.

Así, la rebelión debe ser asumida como una práctica ontológica que desplaza el sentido del absurdo del plano meramente personal al plano social. La existencia absurda del ser implica la trascendencia de su individualidad con un «me rebelo, luego existimos», en el que el *yo colectivo* emergente busca, por encima de todo, una razón de ser. Al reconocer la universalidad del absurdo y la autoconciencia colectiva del hombre, la angustia de uno se convierte en la angustia de todos, como si fueran víctimas de una plaga omnipresente. Por añadidura, la salvación de la humanidad dependerá exclusivamente de la alianza y la ayuda mutua; la sobriedad de la existencia induce a la autoconservación y, por tanto, a luchar —en este caso, juntos como un todo— contra cualquier mal existencial que abrume y amenace al ser colectivo.

En conclusión, la rebelión suscita el nacimiento de una nueva subjetividad —la del rebelde— que se afirma en el acto como sujeto histórico en comunión con el resto de la humanidad. Una comunión, eso sí, marcada por la fatalidad del sufrimiento y la finitud, en lugar de la gracia divina. Por ello, el concepto camusiano de rebelión va contra todo vestigio de absoluto o eternidad (Dios, la ley, la moral, la salvación, etc.), reivindicando el derecho a no creer en ello. De esta manera, desvela un momento de trascendencia individual que tienta a transformar la rebelión metafísica en una rebelión histórica. Ese es, precisamente, el momento peligroso en el que la dimensión del *yo colectivo* puede desbordar sus propios límites humanos. En ese sentido, la divinización de la historia —léase, la rebelión histórica— significa una racionalización de lo irracional que vislumbra una verdad sobrevenida progresivamente en la marcha del tiempo.

La irracionalidad antedicha se enfrenta, pues, a la razón moderna, y corre el riesgo de convertirse en un perpetuo movimiento de conquista que conduce a la destrucción no solo de la persona, sino también de sus universales. Un ejemplo de ello fue el ascenso al poder del nacionalsocialismo en la Alemania de los años veinte del pasado siglo. Los propios hombres establecieron una mística de aniquilación al margen de toda moral, una forma de homicidio social que sacrificó a la humanidad en el altar de la historia. Para evitar esa posibilidad, la propuesta rebelde debe encontrar una salida al absurdo que invoque tácitamente dos valores: la moderación y la solidaridad.

En última instancia, la tríada conceptual que conforman rebelión, Dios e historia, en complicidad con la lógica del absurdo, constituye el sustrato de toda la literatura camusiana. En este sentido, el hombre rebelde requiere de las nociones de Dios y del propio devenir de la historia para ser comprendido en su propósito fidedigno. Gracias a esta relación conceptual, Camus precisa de una justicia humana diferenciada, que reivindica la existencia del ser —que supondría dispuesto por un Dios creador, si existiera— frente al asedio del mal y de la muerte. En consecuencia, ante el espectáculo de la sinrazón, frente a una condición injusta e incomprensible, la rebelión marca el límite infranqueable del reino de los hombres.



REFERENCIAS

- Camus, A. (1996). El hombre rebelde. En Obras (Vol. 3). Madrid: Alianza Editorial.
- D'Angelo, V. (2015). La rebelión existencial de Albert Camus. *Azafea: Revista de Filosofía*, 17(1), 195–217. <https://doi.org/10.14201/11780>
- Flores, M. (2021). El absurdo en la obra de Albert Camus. *Revista Multiverso*, 1(1), 8–16. <https://doi.org/10.46502/issn.2792-3681/2021.1.1>
- Mélançon, M. J. (1976). Albert Camus. Analyse de sa pensée. Friburgo, Suiza: Les Éditions Universitaires Fribourg. Edición digital. <https://doi.org/10.1522/cla.mem.alb>
- Moreno León, A. A., & Gómez, N. (2018). Albert Camus y la filosofía como forma de vida. *Revista Portal de la Ciencia*, (15), 122–135. <https://doi.org/10.5377/pc.v0i15.7322>
- Nietzsche, F. (1985). La gaya ciencia (J. Jara, Trad.). Monte Ávila Editores. https://www.academia.edu/51059421/Friedrich_Nietzsche_La_gaya_ciencia
- Romero, A. (1994). La historia, el absurdo y la moral [Edición digital]. <https://studylib.es/doc/7163646/alberto-camus--la-historia--el-absurdo-y-la-moral>